

Rinke, S. (2015). *América Latina y Estados Unidos. Una historia entre espacios desde la época colonial hasta hoy*, México, El Colegio de México y Marcial Pons Historia. p p. 232

Miriam Miranda
Universidad de Panamá
Departamento de Historia
mirandaestribi@yahoo.es

Stefan Rinke es profesor de Historia de América Latina en la Universidad Libre de Berlín y director del Instituto de Estudios Latinoamericanos. Actualmente presidente la Asociación de Historiadores Latinoamericanistas Europeos (AHILA). Tiene un número importante de publicaciones sobre las relaciones entre Estados Unidos y distintos países latinoamericanos, y también sobre historia de países como Chile, Argentina y Uruguay.

El libro tiene once capítulos y a través de ellos el autor nos presenta el complejo entramado de las relaciones entre estas dos regiones del continente americano que desde el periodo colonial hasta la actualidad han desarrollado una historia paralela pero a la vez muy cercana.

Comienza señalando que la génesis de los conflictos entre estos espacios nos remonta a la colonización, - pues, desde este momento las potencias convirtieron sus colonias en receptores de conflictos de intereses, rivalidades y diferencias entre ellas, cuyo origen estaba en el continente europeo.

A partir de entonces surge un discurso de la alteridad, entendida como la idea del "otro", portador de una cultura diferente. Los propios colonizadores españoles vieron trastocadas sus ideas sobre el mundo, la naturaleza y sobre sí mismos, mientras construyen un pensamiento colonial basado en la idea de bárbaro para definir a la población aborígen.

La independencia de los Estados Unidos genera simpatías en los criollos latinoamericanos quienes aplaudieron y manifestaron sentimientos de admiración hacia sus dirigentes. Y es que coincidían con los dirigentes estadounidenses en varios aspectos, especialmente aquellos relacionados con la apertura comercial que hacía algún tiempo reclamaban a la corona española. Se produce un acercamiento entre intelectuales, sobre todo de quienes combaten la idea de la superioridad europea. Entre ellos figuran Francisco de Miranda y José Miguel Carrera.

Pasados los procesos revolucionarios que sellaron la independencia de las antiguas colonias españolas en América, los dirigentes estadounidenses desarrollan todo un pensamiento teórico y

filosófico dirigido a justificar la necesidad, por un lado, de empujar a Europa a entregar aquellos dominios que aún conserva en el continente, y por el otro, la política de dominación que inicia con los territorios contiguos (la conquista del oeste), luego en los territorios vecinos (caso de México) y finalmente hacia el resto del continente.

El autor recorre el camino de las ideas enarboladas por los Estados Unidos hacia la construcción y aplicación de las políticas imperialistas para América Latina. Inicia con la doctrina Monroe y el Destino Manifiesto que paulatinamente será el eje de la nueva política. Le suma ideas como “el fardo del hombre blanco” y la obligatoriedad de llevar la civilización a aquellos territorios donde aún no ha llegado.

A pesar de que Estados Unidos usaba la fuerza militar frecuentemente para imponer sus decisiones, la complejidad de las relaciones con América Latina es profunda, pues aun cuando las condiciones eran aparentemente adversas los Estados Unidos sacaban provecho. Ello se aprecia con mucha claridad en el capítulo IV denominado “Panamérica 1860 – 1998”. Después de arduas discusiones, el antiguo territorio de las colonias españolas recibe el nombre de América Latina, concepto de gran relevancia política porque era opuesto a la América anglosajona. Toca a Estados Unidos buscar el acercamiento y luchar contra la presencia europea en forma de bancos, préstamos, barcos, seguros, etc, pero también en el imaginario criollo que seguía viendo a Europa como el centro de la cultura mundial. A ello se suma el surgimiento de gobiernos reformistas que intentan desarrollar sus países a partir de los recursos naturales existentes e ir acercándose al modelo de desarrollo europeo.

Sin embargo, los inversionistas estadounidenses aprovecharon las condiciones e invirtieron en plantaciones, ferrocarriles y minas, a partir de los cuales construyeron verdaderos “enclaves coloniales” que facilitaron la penetración económica.

El gobierno de Estados Unidos propuso organizar la Unión Panamericana, cuyo objetivo fundamental sería la promoción de los intereses estadounidenses y la conciliación de conflictos bajo su égida. La primera conferencia se celebró en 1889 bajo el lema “paz y comercio”.

La historia demuestra que la paz raramente predominaba en las relaciones entre Angloamérica y Latinoamérica. Las invasiones militares del siglo XIX especialmente en Centroamérica y el Caribe, demuestran la consolidación del imperio de Estados Unidos con toda la fuerza para

defender nuevas teorías como la de “la nueva frontera”, sustentada por el estratega naval Alfred Thayer Mahan quien sugiere ampliar la flota y construir bases navales en ultramar.

La agresividad militar que utilizaban los Estados Unidos para llevar a la práctica sus ideas generó sentimientos de rechazo en las elites dirigentes de los países de América Latina. El autor destaca los ideales defendidos por Simón Bolívar; entre ellos, la idea de unidad de los territorios de las antiguas colonias españolas y el papel de los intelectuales, especialmente a finales del siglo XIX, como es el caso de José Martí, o a inicios del siglo XX en el caso de José Enrique Rodó. Estos autores sostienen que es necesario crear una identidad propia pues hay muchos elementos que hacen a los países latinoamericanos distintos a los Estados Unidos, aunque reconocen sus cualidades. A este molino también llevó sus aguas el poeta Rubén Darío quien, desde una posición estética, destacó la herencia de las culturas precolombinas, sentando las bases de la defensa del indigenismo, idea que también compartió Franz Tamayo desde Bolivia.

La primera guerra mundial dejó grandes réditos a los Estados Unidos y cambió la correlación de fuerzas en el continente. Es este el tema que examina Rinke en el capítulo VII que titulado “Naciones y Nacionalismos 1919–1933”. Nos muestra que los beneficios económicos facilitaron la proyección de una imagen de prosperidad, de eficiencia y sobre todo de calidad de sus productos, Todo esto allanó el camino para la penetración cultural y la inserción de las sociedades latinoamericanas en la esfera del consumismo, muy típico de la sociedad estadounidense. “Los productos de consumo norteamericanos no solo dejaron huellas en los hogares y en el tiempo libre de mucha gente, sino que también fueron los agentes de una profunda transformación del mundo laboral” (p.130), según el autor. Se abre con ello para los Estados Unidos otra vía de penetración mucho más sutil de la que no escaparan ni los más enconados adversarios, pues el *American way of life* pasará a ser el sueño máspreciado especialmente de las clases pudientes y medias latinoamericanas.

Paralelamente se desarrolló un movimiento antiimperialista y -antinorteamericano de amplia base- que aglutinaba sectores de la clase media, especialmente intelectuales, estudiantes, obreros y campesinos. Ellos denuncian las distintas formas de penetración imperialista que servía para imponer la cultura consumista.

La Segunda Guerra Mundial dio un nuevo impulso de poder a los Estados Unidos en la región y puso en marcha un férreo control de todas las fuerzas que mostraban simpatías hacia la izquierda

política, justificado por la Guerra Fría. Para ello recurrió al patrocinio de golpes militares en varios países de la región, cuyos perpetradores cumplieron al pie de la letra las indicaciones de los Estados Unidos y a cambio recibieron pingües ganancias. Se destacan los casos del cono sur por la violencia utilizada contra los militantes de izquierda.

Los cambios de la década de 1990 crearon nuevas condiciones en las relaciones entre Estados Unidos y Latinoamérica. El libre mercado y la globalización económica exigían apertura para el libre comercio y flexibilización de importaciones que debían plasmarse en tratados. Los países latinoamericanos firmaron, en la mayoría de los casos, tratados poco beneficiosos para sus economías, con graves consecuencias como la destrucción de sus sistemas agrícolas y el empobrecimiento de la población en general.

Concluye el autor con un análisis de las características que marcan las relaciones entre Estados Unidos y Latinoamérica a partir del siglo XXI y que es denominada la norteamericanización de las sociedades latinoamericanas y la latinización de Estados Unidos.

Es una obra abarcadora en términos cronológicos. Aunque no profunda en el análisis pero de gran utilidad para un conocimiento panorámico de las relaciones de estas dos regiones del continente.

La temática desarrollada no es novedosa en sí misma dentro de la historiografía estadounidense o latinoamericana, pero examina los distintos periodos de esa relación dentro del contexto histórico y a la luz de los intereses que tenían las clases dirigentes tanto de los Estados Unidos como los grupos locales en los distintos territorios latinoamericanos.

Destaca un componente dentro de estas relaciones que generalmente no forma parte de los análisis de otros autores. Me refiero al tratamiento que le da al discurso de la alteridad que en momentos fue violento e intenso, y en otros disminuyó en apariencia, no en fuerza, y sigue siendo una constante en el cotidiano vivir de nuestros pueblos.